

EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES.

PERIÓDICO PARA TODOS.

REDACCIÓN: BALSAS, 1.

AL DIA

ENTUSIASMOS RUSOS

El pueblo ruso no desmaya en sus entusiasmos, no decae en las esperanzas que le hacen mirar tan solo una victoria duradera y grandiosa. Nadie diría reparando en su idiosincrasia, que cuando la guerra llamase á sus puertas iba á salir airado, resuelto á recibirla; tanto se ha hablado de la quietud, de la mansedumbre de los rusos, que ahora su actitud guerrera admira.

No hay distingos para aclamar á cuantos parten al teatro de la lucha, no hay distinciones para allegar recursos destinados á la guerra: el país de Tolstoi viendo en lontananza un triunfo universal, renombrado acude con su corazón sollozante con su alegría infinita, para empujar á su Czar al exterminio.

La palabra de paz, de evolución resignada, de impugnación á la batalla, se ha extinguido; la proclama guerrera sacude nuevas creencias, que ahora se olvidan para repetir á coro los goces «humanos» de una espantosa matanza. El Japón, pueblo joven, con sábia nueva de civilización europea ha dirigido un reto á Rusia; recogido por ésta el desafío, la guerra que se prepara será cruenta y duradera. Parece, que por fin, Europa herida en sus sentimientos humanitarios intervendrá para arreglar la paz; de otro modo, el empuje de los cosacos ocasionará al Japón sensibles y lloradas inmolaciones.

Rusia quiere la guerra con todos sus horrores y tropelias. ¿Vencerá? ¿Quién sabe! Es muy fácil que en la palma del laurel victoriosa, alcanzada por Rusia, se encuentren los gérmenes de esa transformación descrita en sus obras magistrales por Tolstoi, Kropotkine, Gorki... es fácil que en el triunfo de los ejércitos imperiales se encuentre el estímulo que impulse á los rusos á destruir de una vez cautiverios, castigos bárbaros, represiones sangrientas que lastiman la conciencia de las naciones civilizadas.

MIEDO INFUNDADO

De entre el inmenso cúmulo de telegramas con que los corres-

ponsales llenan las columnas de los periódicos de todo el mundo, comunicando noticias de la guerra del Extremo Oriente, surge una confusión espantosa, sin que el más avisado y perspicaz lector pueda adivinar siquiera con visos de probabilidad lo que allí pasa. Como en casos análogos ocurre siempre, el espíritu de nacionalidad, las simpatías de raza ó el interés privado exageran en pro ó en contra de cada uno de los pueblos beligerantes la noticias de los sucesos, presentando las cosas según conviene ó se desea que ocurran, no como en la realidad suceden y son.

Aparte exageraciones y fantasías, lo indudable es que en el conflicto ruso-japonés no se ha pasado aún de lo que podríamos llamar preliminares de la guerra, pues, excepción hecha de los bruscos ataques de la escuadra japonesa á la de sus adversarios en Port-Arthur, hasta ahora no se tiene noticia cierta de encuentros serios, de hechos de armas que puedan inclinar la balanza de la fortuna del lado de ninguno de los bandos combatientes.

Por tal razón, figurásemos que no hay motivo fundado para que las bolsas y mercados de valores públicos de Europa sufran las tremendas oscilaciones y sacudidas que en estos días vienen experimentando. El movimiento que en ellos se produjo en la anterior semana fué casi de verdadero pánico, causando una baja en los fondos y valores que los hechos no justifican en manera alguna, ya que, como antes decimos, ningún incidente de la guerra se registra que modifique grandemente el estado de las cosas. Seguimos hoy como estábamos al día siguiente de la ruptura de hostilidades entre Rusia y Japón; y por mucho que los sucesos se precipiten, no es de esperar que hasta dentro de algunas semanas cambie de aspecto el teatro de la guerra.

La alarma obedece indudablemente al juego de especuladores y agiologistas que en la difusión de toda clase de inxenciones y falsos rumores, ven el medio de pescar en río revuelto con gran quebranto y perjuicio de los incautos que no alcanzan á descubrir la intención y malicia de los que esparcen en las

bolsas las absurdas noticias que tan fatales efectos producen.

Han sido los españoles, entre todos los valores públicos, los que más han sufrido las consecuencias de la falsa alarma de los especuladores, atribuyéndose la baja á la movilización de algunas fuerzas, que han ido á reforzar las guarniciones de Baleares, Canarias, Galicia y puntos estratégicos del litoral del Norte de Africa. ¡Como si la más vulgar previsión no aconsejara adoptar tales medidas ante la mera posibilidad de futuros conflictos internacionales, que probablemente no llegarán á estallar, pero que de todos modos deben tenernos prevenidos y alerta!...

Nuestra impresionabilidad de raza, nuestro meridionalismo exaltado, nuestra falta de calma y serenidad para pensar detenidamente las cosas, dando á los hechos su verdadero valor y discuriendo con la razón y no con la fantasía, aparecen de bulto una vez más en la ocasión presente en esa impresión de miedo, de pánico, que refleja nuestro mercado.

Es preciso que nos convenzamos que con neurosis de este género nada va ganando el prestigio ni el crédito de España en el extranjero y nos ponemos en condiciones de evidente inferioridad económica respecto de los demás pueblos, á cuyos ojos mostramos la falta de confianza en nosotros mismos, nuestra decadencia y nuestra propia miseria.

DE LITERATURA

El «Teatro Moderno» por D. Vicente Llovera.

Concluyo de leer por centésima vez la notable conferencia de mi amigo el Sr. Llovera; yo que pienso respecto del teatro moderno lo mismo que mi amigo, impulsado por nobles inclinaciones, cojo la pluma para escribir unos cuantos renglones dedicados al comentario de tan notable trabajo.

Pero no estará demás, fuera de uso, que señale algunas advertencias. Son ellas, que cuanto diga, escriba relacionado con el asunto, obedece á impresiones personalísimas no á ridículos intentos de erigirme en maestro y profeta; y que los elogios que pueda dedicar al

Sr. Llovera, como mis opiniones, son sinceros no obligados por la cortesía; nacen de mi apreciación, subjetiva hacia un trabajo merecedor de aplausos entusiastas.

Precioso tema, escogida materia ha elegido el Sr. Llovera para su conferencia. Conturba al ánimo, asistir á las salas de los teatros en nuestras grandes capitales: un público vacío de sentimientos, huérfano de educación artística, esclavo de efectísimos cursis, aplaude, se regocija cuando contempla una situación de caracteres trágicos; menospreciado por el contrario, escenas tan naturales, situaciones tan simbólicas, trances tan vivientes como los que abundan en todas las obras de nuestro delicado Benavente.

Este teatro moderno, teatro del simbolismo que el Sr. Llovera tan elocuente y concienzudamente defiende, asusta á nuestros espectadores de butacas y plateas. Se va al teatro no á considerar los percalances de la vida, no á ver dibujados con pinceles sangrientos las hecatombes de almas ruines, de cerebros dislocados, no á recoger lecciones que pueden privar de tropiezos dolorosos; al teatro se va como se asiste á un paseo, á murmurar de lo ajeno y mostrar con la impaciencia el desvío la incultura de nuestras clases directoras.

En otro país que no fuera el nuestro, que no fuera nuestra pobre España, trabajos como el del Sr. Llovera, serían comentados, leídos, se reunirían en su campo, en las tricheras por él construidas para pelear por un teatro que se impone, cuantos como él pensarán; no pasarán de una veintena de personas las que aprecien los méritos que encierra el trabajo de mi estimado amigo. Estos prejuicios que tanto nos agobian, el Sr. Llovera ya los reconoce cuando afirma «Pero el amor requiere el conocimiento de la nobleza de un alma, y los hombres por el miedo al dolor de un desengaño guardan sus corazones con más cuidados que sus puertas; por esto en la vida, nuestros afectos, se hallan comprimidos; sin empleo, nos inquietan ó nos abruma con el hastío». Ciertamente; cuando los corazones no comprenden ni sienten por su maldad el amor, cuando las al-

